CAPITULO VIII.

No habia perdido tiempo el emperador que al punto despachó sus mensageros á los príncipes sus aliados para que viniesen con presteza á su socorro con el mayor número de tropas que pudiesen levantar; mas estos, ganados por el de Atzcapotzalco, casi abiertamente se negaron á ello con frívolas escusas, ó respondieron que lo ejecutarian y no lo cumplieron, sino solamente tres que fueron Tlacotzin señor de Huexôtla, Itzcontzin señor de Iztapallocan, y Totomihua señor de Cohuatepec, que con la gente que pudieron juntar vinieron luego. Con esta y con la que prontamente pudo levantar el emperador en sus estados, procuró fortificarse en su misma córte, resuelto á esperar alli al enemigo, teniendo por cierto que se avanzaria luego ácia ella con todo su ejército, en lo que no se engañó, porque al dia siguiente á la muerte del infante, dió la órden de marchar en derechura á Tezcoco, y muy de mañana se movió con todo su ejército, que entrando en los estados imperiales, talando y destruyendo cuanto encontró no perdonó edad ni sexo, sin embargo de no hallar quien le hiciese resistencia, y al otro dia se puso sobre la córte de Tezcoco: acampando en sus contornos, y sitiándola por todas partes, comenzó desde luego á avanzar sus fortificaciones, aunque rechazado siempre vigorosamente por su guarnicion que animada con la presencia de su soberano peleaba bizarramente. Diez dias habia que sostenian el sitio, en los cuales habian sido incesantes los ataques, y aunque era incomparablemente mayor el número de muertos de los de Atzcapotzalco que de los imperiales, como aquellos eran tantos y estos eran tan pocos, no se conocia alli la falta, y la de estos iba por instantes poniendo la ciudad en estado de no poder defenderse, por lo que viendo el peligro que amenazaba al emperador, le rogaron sus fieles súbditos que se saliese de la ciudad, y se retirase con el príncipe su hijo al monte donde pudiesen salvar las vidas.

No era pequeña la dificultad que se ofrecia para ejecutar la fuga estando por todas partes rodeados de enemigos; mas con todo la emprendió el emperador llevando consigo al príncipe Netzahualcoyotl, al infante Chi-

huaquequenotzin y á otros de sus hijos y algunos criados y se retiró á la sierra de Tlalóc, dejando el mando de la ciudad á Huitzilihuitzin, y habiendo logrado escapar felizmente de los sitiadores, hizo alto en unas barrancas y quebradas á la falda de la sierra á orillas de un llano llamado Quiyacác, pareciéndole aquel puesto fuerte por naturaleza para defenderse si le seguian; pero viendo desde él la multitud de enemigos que inundaban los contornos de Tezcoco, determinó al dia siguiente retirarse mas adentro de la sierra á un palacio que tenia en el bosque llamado Tzinicanoztoc, y á poco rato de haber llegado á él, tuvo la noticia de que un principal señor de la ciudad, del barrio de los chimalpanecas llamado Toxpilli muy favorecido y beneficiado del emperador, haciéndose cabeza de los de su barrio, volvieron todos las armas contra su señor apellidando á Tetzotzomóc, y entrando en la casa en que estaba Huitzilihuitzin le mataron y á otros de los caballeros que le acompañaban, habiendo logrado escapar las vidas los señores de Iztapallocan, Huexôtla y Cohuatepec, que salieron huyendo y se encontraron por la misma sierra en busca del emperador, y que el enemigo habia entrado y apoderádose ya de la córte de Tezcoco.

Hallándose en este conflicto determinó enviar á pedir socorro á Quetzalcuixtli señor de Otompan, á quien despues de la guerra pasada habia hecho varias mercedes y nombrádole general de sus armas en toda aquella provincia; y para que se lograse con la mayor brevedad y acierto envió á su hijo el infante Cihuaquequenotzin, quien temiendo que le sucediese lo mismo que á Acatlotzin, encomendando al emperador sus dos hijos Tzontecohuatl y Acohmton, partió luego á cumplir la órden de su padre. No le engañó su corazon, porque apenas llegó al pueblo de Ahuatepec, perteneciente á la dicha provin ia de Otompan, se dirigió á su gobernador llamado Centzin y le comunicó el fin de su venida, á que respondió que él no podia tomar providencia alguna sin dar cuenta primero á Quetzalcuixtli, y á su lugar teniente Acatzin que le llevaria con ellos para que les diese su embajada; partieron juntos y llegando á Otompan dió á Quetzalcuixtli el mensage del emperador, ponderándole la suma afliccion en que se hallaba: que solo en él y en sus valientes otompanecas tenia la esperanza para defender su vida y su reino de tan

cruel tirania. Oyole Quetzalcuixtli, y con despego y severidad le respondió: „Yo no conozco á Ixtlilxóchitl por supremo monarca de esta tierra, sino al gran Tetzotzomóc rey de Atzcapotzalco, y asi mal puedo dar socorro contra él á Ixtlilxôchitl: sal á la plaza que hoy es dia de gran mercado y dí á voces tu pretension, quizás habrá alguno que quiera ir á socorrerle." Salió con efecto el infante á la plaza que por razon del tianguis estaba llena de un numeroso concurso, y puesto en medio de ella dijo en voz alta: „El gran emperador Ixtlilxôchitl, mi señor y padre, se halla en los términos mas estrechos de haber de perder el reino y la vida de que tiranamente intenta despojarle el rey de Atzcapotzalco; y no teniendo otra esperanza que el valor y lealtad de sus vasallos y amigos los otompanecas, me envia á decirles el peligro en que se halla para que vayan prontamente á socorrerle. Al oir esto un soldado ordinario natural de Ahuatepec, cuyo nombre no dicen, que se hallaba inmediato, levantó una piedra y tiró con ella al infante diciendo *viva Tetzotzomóc*, y á su ejemplo cargó sobre él todo el vulgo en que habia considerable número de tecpanecas; mas el valiente Chihuaquequenotzin echando mano á sus armas, procuraba defenderse bizarramente ayudado de cuatro criados que le acompañaban, hasta que cargados de aquella innumerable multitud murieron todos cinco, bien que vendiendo muy caras sus vidas, porque antes de morir mataron mas de treinta. Hicieron pedazos el cadáver del infante, y por burla y juego se tiraban unos á otros con los pedazos de él. El lugar teniente Acatzin pidió que le diesen las uñas, y habiéndoselas dado las ensartó en un hilo y se las colgó al cuello diciendo: pues estos son tan grandes señores y nobles caballeros, preciso es que sus uñas sean como piedras preciosas, y por tales quiero yo traerlas para ornato de mi persona. Este fue el fin del valiente general Chihuaquequenotzin, que uniendo al esplendor de su sangre la bizarria de su espíritu, fue en los tiempos pasados el terror de los tecpanecas en Iztapallocan, y de los mismos otompanecas en la última guerra, digno por cierto de mejor fortuna. El dia de este infeliz suceso lo anotaron puntualmente los historiadores en sus mapas, y dicen los intérpretes de ellos, que fue el décimo octavo del mes duodécimo llamado Micailhuitl señalado con el geroglífico de la culebra en el número cuatro, por ser el cuarto de la semana, y segun mi cómputo corresponde al dia 28 de setiembre del año de 1418.

Hallose presente á este infeliz suceso un caballero del mismo lugar de Ahuatepec llamado Itzcuintlatlaca, parcial del emperador que desde su patria habia ido acompañando al infante, y en la refriega logró escapar la vida con la fuga: este partió inmediatamente á dar el aviso á Ixtlilxôchitl, que al oirle prorrumpió en lamentos y lágrimas sin poder contenerse. Manteniase en Tzinacanoztoc donde se habia fortificado, y se le habia juntado un considerable número de tropa y de otras gentes de todos sexos y edades, que habian salido huyendo asi de la córte como de otras poblaciones, entre las cuales estaba la muger é hijos del infeliz Chihuaquequenotzin, á quien llamó y procuró acariciar y consolar, diciéndoles que si habian perdido marido y padre, él habia perdido un hijo muy amado, y el mas valiente general de sus armas; pero le quedaba el consuelo de que seria inmortal su memoria y la gloria de su nombre, habiendo sacrificado su vida con tanto honor en defensa de su padre, de su rey y de su patria: que si Dios era servido de sacarle victorioso de sus enemigos, sabria recompensar y premiar en los hijos los agradables servicios de tan buen padre, y lo mismo ejecutaria el príncipe su hijo si Dios fuese servido de ponerle en su trono.

CAPITULO IX.

Luego que los enemigos se apoderaron de la ciudad y supieron que faltaba de ella el emperador que habia salido huyendo para la sierra, procuraron con toda diligencia buscarle en ella, y no tardaron en hallarle, pero fortificado en el parage de Tzinacanoztoc, donde le embistieron con indecible furia, mas no pudieron forzar sus trincheras. Repitieron los asaltos con mayor vigor y mayor número de gente, sin embargo de los muchos que morian por los continuos socorros que les llegaban, al paso que los sitiados con la gente que perdian se hallaban cada dia mas afligidos y con menos esperanzas de refuerzo: con todo sostuvieron treinta dias el sitio defendiéndose bizarramente, al cabo de los cuales viéndose Ixtlilxôchitl rodeado de enemigos por todas partes, falto de bastimentos y sin esperanza alguna de socorro, ni aun de salvar la vida con la fuga, determinó

venderla á buen precio muriendo gloriosamente y procurando salvar la de su hijo; y armándose de todas sus armas llamó al príncipe Netzahualcoyotl, y algunos otros pocos de aquellos principales señores que le acompañaban, y les mandó que le siguiesen, y saliendo de las fortificaciones por un lado de donde estaban algo mas distantes los enemigos, se encaminó á un parage llamado Tepanahuayan: habiendo llegado á él cerca de un arroyo que baja de la sierra hizo alto alli, y volviéndose á ellos les dijo de esta suerte: „Leales vasallos, deudos y amigos mios que con tanta fidelidad y amor me habeis acompañado hasta ahora en mis trabajos: yo conozco que ya es llegado el dia de mi muerte, y que no es posible escapar de las manos de mis enemigos; si me mantengo mas tiempo en Tzinacanoztoc, no lograré otra cosa que envolveros á todos en mi desgracia, porque falto de gente con que defender sus fortificaciones, y aun del preciso alimento para los pocos que han quedado en ellas, es preciso que entren los enemigos y por quitarme á mí la vida, la perdereis tambien vosotros; y asi he resuelto ir yo mismo á entregarme y á morir matando en el campo para salvar vuestras vidas, pues muerto yo toda la guerra se acaba y cesa vuestro peligro, y asi abandonad las fortificaciones, y procurad huir y esconderos en esa sierra: solo os encargo que cuideis de la vida del príncipe porque con su inocente muerte no se acaben las últimas reliquias que quedan de los ilustres momonarcas chichimecas, que yo espero en el Dios criador que ha de ayudarle para que recobre su imperio:" y volviéndose al príncipe le dijo: „Hijo mio muy amado, brazo de leon, y último resto de la sangre chichimeca: fuersa es dejarte para no volverte á ver, y dejarte sin abrigo ni amparo, espuesto á la rabia de esos lobos hambrientos que han de cebarse en mi sangre; pero quizá con eso se apagará su enojo: procura guardar tu vida, y entre tanto que pasa mi tragedia súbete á ese arbol, y mantente oculto entre sus ramas: en pudiendo huir, parte á las provincias de Tlaxcallan y Huexotzinco cuyos señores son tus deudos y de tu misma casa, y pídeles socorro para restaurar tus estados; y si el Dios criador te lo concede, te encargo mucho la observancia de las leyes, para que á ejemplo tuyo las guarden tus vasallos, á quienes has de mirar como á hijos premiándoles sus buenos servicios, especialmente á los que en esta ocasion me han ayudado, y

perdona generosamente á tus enemigos, que aunque yo conozco que mi ruina ha venido de mi demasiada piedad, no estoy arrepentido del bien que les hice. No te dejo otra herencia que el arco y la flecha, ejercítalos, y debe al valor y á tu brazo la restauracion de tu reino." Todos enmudecieron, ahogadas las palabras en el llanto, y lo que faltaba de voces sobraba de sollozos, cual puede discurrirse en tan lastimosas circunstancias.

Mientras esto pasaba, los enemigos que advirtieron que salia gente de la fortificacion, y se encaminaba á Tepanahuayan, al punto destacaron en su alcance un grueso competente de tropa de los de Chalco y Otompan; de suerte que cuando el emperador acabó su razonamiento, venian ya muy cerca, y divisándolos Ixtlilxôchitl hizo que con presteza subiese el príncipe sin que lo viesen, á un gran árbol de capullin, que es una especie de cerezo, y se ocultase en su frondosa copa, y mandó á los demas que dividiéndose y tomando diversas sendas, se escondiesen en lo mas fragoso de la sierra. El se adelantó á encontrar los enemigos, y dando con ellos á poco trecho les dijo: „Traidores, si soy yo á quien buscais aqui me teneis, que no huyo de la muete ni la tengo por ignominiosa en defensa de la corona que heredé de mis mayores; antes por el contrario, habiendo tenido siempre entendido que mi primera y principal obligacion era el defenderla, y proteger á mis fieles vasallos, y habiendo hecho cuanto he podido para cumplirla, la muerte me será gloriosa sacrificando como buen rey mi vida en su defensa; pero tened entendido que primero que logreis quitármela he de matar muchos traidores;" y dando sobre ellos con indecible furia hizo tal estrago, que asientan algunos escritores que mató mas de 50 hasta que lleno de heridas cayó muerto en el suelo. ¡Infeliz príncipe que compró su desgracia con su clemencia, y con un trastorno de aquellos que usa la inconstante fortuna: el que el año anterior coronado de laureles tuvo ya puesta la espada sobre el cuello de los mas poderosos príncipes, vino á rendir la vida á manos de unos viles traidores, á quienes mas que á otros muchos acababa de colmar de beneficios su liberalidad!

No puede decirse que fue cierto haber dejado tan impune la rebelion de los príncipes aliados, porque el rey es imagen de Dios en quien son iguales los atributos, y debe templar de tal suerte la justicia y clemencia, que ni sea

2045
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo 1625 MONTERREY, MEXICO

tanta de esta que haga insolentes á los súbditos, ni de aquella tanta que le haga malquisto con ellos: sino que siendo igualmente amado y temido ejercite su generosidad en las acciones nobles con la esperanza del premio, y contenga su justicia los escesos con el rigor del castigo. No es dudable que el piadosísimo corazon de este monarca le hizo entre los suyos sin igual en la clemencia. Cuanto mas bizarro y esforzado lidiaba en la campaña, tanto mas aborrecia los estragos de la guerra, y por apartarlos de sus súbditos procurándoles el incomparable bien de la paz, no reparó en dejar quejosos á los que le f.eron fieles por falta de premio, y de escarmiento á los desleales por falta de castigo preparándose de esta suerte su última ruina.

El dia de esta tragedia lo señalaron puntualmente sus historiadores en sus mapas; pero los intérpretes de estos varian algo: todos concuerdan en que fue el año señalado con el conejo en el número cuatro, pero varian en el mes: unos dicen que fue en el cuarto mes llamado Xilomaniztli, otros que en el duodécimo llamado Micailhuitl, y otros que en el décimo cuarto llamado Huepaniztli, y sin embargo de esta variacion concuerdan todos en que fue en el dia nono, señalado con el geroglífico del buho, pero varian en el dia de la semana; porque unos dicen que fue el décimo y otros que el décimo tercio. Yo convengo con los que dicen que fue el mes Huepaniztli, porque de otro modo se destruyen las épocas anteriores, y no caben los sucesos segun los dias que asientan haber mediado de unos á otros; y en cuanto al dia, segun mis cómputos digo que fue el nono del mes y de la semana, señalado con el geroglífico del buho: respecto á que este año que fue el cuarto de la última indiccion, comenzó á contar los dias de su primer mes en el primero de la semana, como puede verse en la tabla puesta en el capítulo 8 del libro primero, y por consiguiente el mes Huepaniztli comenzó tambien á contar sus dias en el primero de la semana; siendo como asientan todos, el noveno del mes, lo fue tambien de la semana. En la confrontacion de esta época con nuestros años, hay tambien su variedad: todos asientan unánimes que el año corresponde al de 1418 de nuestra era vulgar; pero unos dicen que por abril, otros por agosto y otros por setiembre, segun la opinion que cada uno sigue en cuanto al dia en que comenzaba á contarle y al primer mes de él. Yo, supuestas las épocas que dejo asentadas, le fijo en el dia 29 de octubre del dicho año de 1418.

Luego que cayó muerto el emperador le despojaron los enemigos de sus insignias reales, y partieron en diligencia á presentarlas al rey de Atzcapotzalco, y darle la noticia del suceso. D. Fernando de Alva en una de sus relaciones dice que alcanzó á un noble anciano de Tezcoco llamado don Gabriel de Segovia, descendiente de estos emperadores como lo era el mismo D. Fernando, quien afirmaba por tradicion de sus mayores, que los enemigos quitaron la cabeza á Ixtlilxôchitl para llevársela á Tetzotzomóc; pero que en la historia general que interpreta no aparece esta circunstancia, sino que habiendo muerto cerca ya de anochecer quedó tendido el cadáver en el mismo lugar donde cayó, hasta el dia siguiente que vinieron algunos de los criados y capitanes que le habian seguido y entre ellos dos caballeros naturales del barrio de Tlailotlacacan llamados *Iztli* y *Chichiquiltzin*, capitanes esforzados que con lealtad le habian servido, los cuales á vista del cadáver derramaron muchas lágrimas diciéndole: ¡O amado príncipe y padre nuestro! ya con tu vida se acabaron tus trabajos: ya llegó el dia de tu descanso; pero en él empiezan los mas amargos de tus fieles vasallos que se lloran huèrfanos y desamparados, rodeados de peligros, y amenazados de todas las penas y miserias imaginables: y con estas y otras semejantes esclamaciones entre los dos amortajaron el cadáver cubriéndole con las mejores mantas y adornos que pudieron haber en aquel parage, y cortando leños de los muchos que aquella sierra les franqueaba, formaron de ellos una especie de trono y asiento en que le sentaron, y rodeándole de otros leños le pegaron fuego y quemaron el cuerpo; recogieron despues sus cenizas que guardaron para llevarlas á echar al sepulcro de los emperadores cuando el tiempo lo permitiese.

El príncipe Netzahualcoyótl estuvo viendo desde el árbol en que se ocultó toda la tragedia de su padre, y luego que entró la noche, al favor de la obscuridad bajó del árbol y se entró por la sierrra para ocultarse, y por rodeos y veredas escusadas pasarse á la provincia de Tlaxcallan. Al dia siguiente caminando por la sierra le vieron venir muchos de los señores principales y gente plebeya, asi de la córte como de otros lugares que se habian ocultado allí, y todos le salieron al encuentro con muchas demostracio-

nes de obsequio, lámentandole en su infortunio y procurando consolarle, á lo que él respondió con atentas espresiones agradeciéndoles lo que habian hecho y padecido en servicio de su padre. Entre ellos estaban sus dos hermanos naturales, los infantes Quauhtlehuanitzin y Yxhuexcatocatzin, ambos valerosos capitanes, y sus dos sobrinos Tecatxatzin Tzontecohuatl y Acolmitzin, hijos del desgraciado infante Cihuaquequenotzin á quienes abrazó tiernamente derramando unos y otros muchas lágrimas. Diéronle noticia de que poco mas adelante estaban Tlacotzin señor de Huexôtla con Tlanahuacatzin gran sacerdote de la misma ciudad, Totomihuatzin señor de Cohuatepec é Yzcontzin de Yztapallocan, y acompañándole todos fue en busca de ellos: habiéndolos hallado le hicieron iguales espresiones de obsequio, manifestándole su sentimiento, á que él correspondió tambien con la gratitud, y á todos les persuadió que se restituyesen á sus casas y diesen la obediencia al tirano, pues estaban ya en términos de no poder tomar otro partido; que él seguiria su rumbo por donde le guiase el Dios criador en quien esperaba que le ayudaria para recobrar su reino, que entre tanto procurasen cuidar de sus casas, familias y haciendas, manteniendo en su corazon la lealtad á su legítimo soberano y obedeciendo con silencio á Tetzotzomóc, hasta que él pudiese libertarlos de esta opresion. Ofrecieron todos obedecerle; y con efecto lo pusieron luego en ejecucion, y él siguiò su camino para Tlaxcallan acompañado de sus hermanos y sobrinos y pocos criados.

CAPITULO X.

Grande fue el gozo del rey de Azcapotzalco con la noticia de la muerte de Ixtlilxóchitl, mas no llegó á ser cumplido habiendo quedado vivo el príncipe Netzahualcoyótl, y asi mandó luego que le buscasen por todas partes, ofreciendo grandes premios á quien se lo trajese vivo ó muerto; y para alentar mas las esperanzas de los que emprendiesen esta hazaña hizo muchas mercedes, y dió grandes dádivas á los que mataron al emperador. Restituyose luego á su córte donde mandó hacer muchas fiestas y regocijos públicos en celebridad de la victoria. Publicó perdon general á todos los que habian seguido el partido del em-

perador, con tal que le reconociesen á él por supremo monarca, y á todos los vasallos del imperio y estados de Ixtlilxôchitl, les libertó de tributos y contribuciones en un año, para que en él pudiesen recobrarse de los daños y pérdidas que hubiesen tenido durante la guerra. Mas como todo su objeto no era otro que arrancar de raiz de los corazones de los vasallos la fidelidad á su legítimo príncipe, y borrar del todo si pudiese su memoria, inventó una crueldad inaudita para conseguirlo, y fue destinar un competente número de soldados que fuesen por todas las poblaciones del territorio imperial y tierras de los aculhuas, y á cuantos niños encontrasen les preguntasen quien era su rey? y á los que respondiesen que Ixtlilxôchitl ó Netzahualcoyótl les diesen muerte; pero á los que respondiesen que el rey Tetzotzomóc les acariciasen y regalasen á ellos y á sus padres, para lo cual les mandó proveer de cantidad de ropas, piezas de oro, piedras preciosas y otras cosas con que pudiesen ejecutarlo. Partieron los soldados y repartiéronse en todas las poblaciones imperiales en las que á la primer entrada preguntaban á los incautos niños á quien reconocian por soberano: ellos respondian lo que habian oido á sus padres, que á Ixtlilxôchitl ó á Netzahualcoyotl, y cumpliendo los soldados la órden del tirano hacian en ellos un destrozo horrible, matando muchísimos niños ínterin que los padres de los que escaparon del primer estrago, sabiendo la órden del tirano, pudieron instruirles para que respondiesen que á Tetzotzomóc, y pudiesen de esta suerte escapar las vidas; asientan los historiadores que fueron tantos los niños que perecieron, que se contaron por miles.

Para afirmarse mas en el trono el rey Tetzotzomóc determinó hacerse jurar y reconocer solemnemente, á cuyo efecto despachó sus mensageros convocando para cierto dia (que parece fue á los fines del mismo año) en su córte de Azcapotzalco, no solo á los príncipes de los territorios inmediatos de montes adentro, sino tambien á los de montes afuera, cuales eran los de Tlaxcallan, Huejotzinco, Cholóllan, Tecamachalco, Tepeyacac y otros mas distantes. Véiase por un lado obligado á cumplir la promesa que hizo á los reyes de México y Tlaltelolco, y á los señores de Acólman, Cohuatlican, Chalco y Otompa, de partir con ellos lo que ganase si le ayudaban en la guerra; y por otro lado le era muy sensible el dividir entre ellos las tierras del imperio, desmembrándolas de aquel todo: con tanta ambicion deseaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO